

¿Por qué escogí defender a las mujeres y trabajar con ellas?

Florence Thomas / Coordinadora del grupo Mujer y Sociedad

“En el umbral del milenio, el horizonte cultural feminista es universal por primera vez en la historia.”

— *Marcela Lagarde y de los Ríos, (1999)*

¿Por qué escogí defender a las mujeres?; ¿por qué escogí ese quehacer profesional? De hecho no sé si lo escogí o si él me escogió. Soy mujer, una mujer quien, a pesar de estar viviendo desde hace 45 años en Colombia, nació, creció y estudió en Francia. Tuve la suerte de ingresar en el mundo de las ideas en un país de tradición liberal, democrático y relativamente crítico. Mis veinte años se desarrollaron en una Francia efervescente que preparaba una primavera caliente, el mayo 68. La primera generación de la píldora anticonceptiva nació tímidamente; los primeros síntomas de una sexualidad libre para las mujeres nos embriagaban a la vez que nos asustaban; Simone de Beauvoir y su libro *El segundo sexo* nos revolucionaban; los Beatles nos encantaban con su “*Let it be*”, así como Charles Aznavour y su bohemia. Los discursos de Martín Luther King nos cuestionaban, el Che Guevara nos hacía soñar e idear una revolución que transformaría nuestro planeta en un gran jardín socialista. Respirábamos al ritmo de una revolución permanente que nunca iba a estallar. ¡Por lo menos no la que soñábamos! Era entonces difícil para mí, por no decir imposible, llegar a Colombia, a la Universidad Nacional como docente, negando esta historia, negando las huellas de esta historia. Y hoy, con mis casi 70 años a cuestas, sigo amando el movimiento, la duda, la vida, los sueños y sigo necesitando utopías.

Por esta razón, me dedico a trabajar con las mujeres y por las mujeres colombianas. Tuve la suerte de participar con ellas en la única revolución triunfante del siglo XX, una revolución que nunca estalló pero que simplemente ocurrió sin recurrir a la fuerza —o, por lo menos a la fuerza de las armas—, sin derramar una sola gota de sangre y sin invocar a la muerte. Una revolución que, sin embargo, cambió hondamente la condición de las mujeres, sus relaciones con los hombres y, en general, con la vida. Y hoy las mujeres colombianas, en medio de una demasiada larga guerra, están ahí, tratando desde lo inimaginable de hacer la vida más soportable en un contexto insoportable. Están ahí con su ética del cuidado a la vida, su proximidad al recién nacido, a la infancia, al anciano y a la anciana, a los otros y a las otras; están ahí haciendo frente a la dinámica de lo cotidiano en el destierro, en el exilio de su pueblo, de su tierra, de su hogar, tejiendo con una paciencia infinita de hormiga lo que los hombres no dejan de destejer. Están ahí para recordarnos en cada momento, en cada lugar, que todo no está perdido y que, tal vez, su particular manera de estar presente en la ausencia, visible en la invisibilidad y su permeabilidad a las emociones, a las lluvias del corazón, a la vida, que logran volver tan cotidiana, triunfarán sobre la fría racionalidad de los hombres que nos están matando a nombre de unos proyectos más opacos que transparentes.

Amar a las mujeres en este doloroso país no fue difícil. Ellas me enseñaron todo lo que sé hoy. Con ellas supe lo que significaba haber tenido la posibilidad de estudiar y conocí mi suerte y mi condición de mujer privilegiada. Con ellas, observándolas y escuchándolas, entendí la importancia de buscar igualdad de oportunidades en todas las esferas de la vida manteniendo siempre, y al mismo tiempo, nuestra asombrosa diferencia existencial para habitar, interpretar y entender el mundo. Las mujeres colombianas fueron mis maestras. Con ellas nací a mí misma; con ellas supe lo que quería hacer de mi vida; con ellas nunca me siento sola y sé que me falta todavía mucho por aprender. No con todas por supuesto. No con las que juegan a ser hombres, que se disfrazan de hombres y que participan en la mundialización de la lógica masculina. Pero sí con aquellas que, desde esta diferencia para habitar el mundo y entenderlo, sostienen, a menudo sin saberlo, este país, permitiéndole amanecer cada mañana. Aquellas mujeres luchadoras y cariñosas, vehementes y tiernas. Y estoy ahí para acompañarlas, escucharlas y animarlas. Cuando al final de una conferencia, charla o seminario, una de ellas se acerca a mí y me dice “*gracias Florence, hoy me siento viva y más feliz que nunca de ser mujer*”, entonces sé porque escogí estar con ellas, al lado de ellas y sé que, con este oficio de feminista, hice la mejor escogencia de mi vida.

Sí, soy feminista y escribo para las mujeres que no tienen voces, para todas las mujeres, desde sus incontestables semejanzas y sus evidentes diferencias. Soy feminista porque el feminismo es un movimiento que me permite pensar también en nuestras hermanas afganas, ruandesas, croatas, iraníes, que me permite pensar en las niñas africanas cuyo clítoris ha sido extirpado, en todas las mujeres que son obligadas a cubrirse de velos, en todas las mujeres del mundo maltratadas, víctimas de abusos, violadas y en todas las que han pagado con su vida esta peste mundial llamada misoginia. Sí, soy feminista para que podamos oír otras voces, para aprender a escribir el guión humano desde la complejidad, la diversidad y la pluralidad. Soy feminista para mover la razón e impedir que se fosilice en un discurso estéril al amor. Soy feminista para reconciliar razón y emoción y participar humildemente en la construcción de sujetos sentipensantes como los llama Eduardo Galeano. Soy feminista y defiendo una epistemología que acepte la complejidad, las ambigüedades, las incertidumbres y la sospecha. Sé hoy que no existe verdad única, Historia con H mayúscula, ni Sujeto universal. Existen verdades, relatos y contingencias; existen, al lado de la historia oficial tradicionalmente escrita por los hombres, historias no oficiales, historias de las vidas privadas, historias de vida que nos enseñan tanto sobre la otra cara del mundo, tal vez su cara más humana. En fin soy feminista tratando de atravesar críticamente una moral patriarcal de las exclusiones, de los exilios, de las orfandades y de las guerras, una moral que nos gobierna desde hace siglos. Trato de ser feminista en el contexto de una modernidad que cumple por fin sus promesas para todos y todas. Como dice

Gilles Deleuze *“siempre se escribe para dar vida, para liberarla cuando se encuentra prisionera, para trazar líneas de huida”*. Sí, trato de trazar para las mujeres de este país líneas de huida que pasen por la utopía. Porque creo que un día existirá en el mundo entero un lugar para las mujeres, para sus palabras, sus voces, sus reivindicaciones, sus desequilibrios, sus desórdenes, sus afirmaciones en cuanto seres equivalentes políticamente a los hombres y diferentes existencialmente. Un día, no muy lejano, espero, dejaremos de atraer e inquietar a los hombres; dejaremos de escindirnos en madres o putas, en Marías o Evas, imágenes que alimentaron durante siglos los imaginarios patriarcales; habremos aprendido a realizar alianzas entre lo que representa María y lo que significa Eva. Habremos aprendido a ser mujeres, simplemente mujeres. Ni santas, ni brujas; ni putas, ni vírgenes;

ni sumisas, ni histéricas, sino mujeres, resignificando ese concepto, llenándolo de múltiples contenidos capaces de reflejar novedosas prácticas de sí que nuestra revolución nos entregó; mujeres que no necesiten más ni amos, ni maridos, sino nuevos compañeros dispuestos a intentar reconciliarse con ellas desde el reconocimiento imprescindible de la soledad y la necesidad imperiosa del amor. Por esto repito tantas veces que ser mujer hoy es romper con los viejos modelos esperados para nosotras, es no reconocerse en lo ya pensado para nosotras, es extraviarse como lo expresaba tan bellamente esta feminista italiana Alessandra Bocchetti. Sí, no reconocerse en lo ya pensado para nosotras. Por esto soy una extraviada, soy feminista. Y lo soy también con el derecho a equivocarme.